

pasiones, la correccion de los vicios y la práctica de las virtudes, la mortificacion del cuerpo y el ejercicio de la caridad, el arrepentimiento de las faltas y todas las obras del fervor cristiano.

¡Desgraciados de nosotros si, semejantes á las vírgenes descuidadas de que habla Jesucristo en el Evangelio, saliésemos al encuentro del celeste Esposo sin haber provisto la lámpara de nuestra fe con el aceite de la gracia y de la caridad! Desgraciados de nosotros si en ese instante fatal nos encontramos cargados de vicios é indignos de virtud. En vano llamaremos á la puerta del cielo, rogando que se nos abra: Señor, Señor, abridnos (1), podremos decir. Se nos responderá: Es tarde, no es tiempo, no os conozco (2); y para siempre seremos excluidos del festin de las nupcias eternas. ¡Dichosos, por el contrario, si semejantes al siervo del Evangelio, nos encontramos vigilantes, con las manos en la obra de nuestra salud, cuando el soberano Señor venga á sacarnos de este mundo! Dios nos introducirá en su eterna mansion y nos hará partícipes de todos sus bienes: *Amen dico vobis super omnia bona sua constituet eum!* Así sea.

(1) Domine, Domine, aperi nobis! (*Matth.*, xxv.)

(2) Amen dico vobis: nescio vos! (*Ibid.*)

VIGÉSIMA TERCERA HOMILIA.

PARA EL 25 DE MARZO, FIESTA DE LA ANUNCIACION.

LA PERLA DE GRAN PRECIO,

Ó EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

Simile est regnum caelorum homini negotiatori querenti bonas margaritas: inventa autem una pretiosa dedit omnia sua et comparavit eam (MATH., XIII).

Semejante es el reino de los cielos á un hombre negociante que busca buenas perlas. Y habiendo hallado una de gran precio, se fué, y vendió cuanto tenía, y la compró.

No habiendo recibido la existencia más que de Dios y por Dios, la creacion entera no es más que la manifestacion exterior de los atributos de Dios; de manera que todas las criaturas que la componen con su existencia, con sus propiedades, con ese orden admirable segun el cual, subordinadas las unas á las otras, conspiran á un fin único y forman las grandes armonías del universo, todas las criaturas, digo, se dirigen la una á la otra y transmiten á todos los puntos del espacio y del tiempo la gran palabra de alabanza, para proclamar la existencia, la sabiduría, el poder, el amor del Creador: «El día repite al día su palabra, la noche trasmite á la noche su ciencia» (1).

Considerando el universo, con todas las maravillas que lo componen, sólo una idea de la divina Inteligencia, realizada y producida como acto exterior, ese universo será el magnífico espejo de la creacion que refleja algun pálido rayo del eterno Sol de la naturaleza divina.

En una sola de sus obras el Dios que es todo sabiduría, poder

(1) Dies diei eructat verbum; et nox nocti indicat scientiam. (*Ps.* XVIII.)

y amor, ha querido llegar al más alto grado de sus manifestaciones, ha querido revelar el más íntimo de sus secretos, y ha agotado, por decirlo así, todo su poder; y esa obra es el profundo, el insondable, el tierno, el divino misterio cuya memoria recuerda hoy la Iglesia, el misterio de la Encarnación del Verbo Eterno en el seno de la Purísima Virgen María.

Por eso Jesucristo apellidó á ese misterio el reino de los cielos, manifestado á los hombres en la tierra; por eso lo llamó la perla más rica, más noble, más exquisita, en cuyo descubrimiento la humanidad entera se ha fatigado inútilmente durante cuatro mil años, y por el cual, despues de encontrarlo al fin, debe dar todo lo que posee: *Simile est regnum caelorum*, etc.

¡Qué bella y magnífica idea nos da Jesucristo, en esa parábola, de su adorable misterio, representándolo bajo el símbolo de lo que tiene más valor entre los hombres! En efecto, es la más grande, la más noble, la más preciosa, la más rica de las obras de Dios.

Nos detendremos á desenvolver, á explicar esa bella figura, puesto que hoy hemos de ocuparnos del misterio de la Encarnación; y despues de convencernos de que es verdaderamente una perla inapreciable, ya por la magnificencia con que se ha operado, ya por el valor de los tesoros que encierra, nos determinaremos á ofrecer con prontitud y generosidad todos nuestros bienes y todo nuestro sér para obtener su posesión, para aplicarnos su mérito, para alcanzar su fruto: *Dedit omnia sua et comparavit eam*.

PRIMER PUNTO. De todo [quanto existe en la naturaleza física lo que más estiman los hombres son las piedras preciosas, y entre éstas la perla. ¿Por qué razón? Porque mientras las demás piedras preciosas se forman de la combinación de diversos elementos en el seno de la tierra, la perla se forma del más puro rocío y de los más puros rayos de la luz solar. En los días más bellos de la primavera, en el momento en que el sol aparece en el horizonte, cuando el aire es más sereno y la luz más benigna, la concha marina se eleva lentamente desde el fondo de las algas, se detiene flotante sobre la tranquila superficie de las aguas, abre su seno y recibe una gota del más puro rocío del cielo; y de esa gota, calentada por los rayos del sol y encerrada en el interior de la concha, se forma la perla del más alto precio.

¡Gracioso símbolo! ¡Bella imágen! dice San Jerónimo, citado por Theophilacto. ¡Qué admirablemente está figurado el misterio de este día! María, verdadero Nácar predestinado y elegido entre todos, ha sabido, desde el fondo de su humildad, por el poder encantador de su pureza, de su obediencia, de su docilidad y de su amor, elevarse sobre las aguas de la corrupción humana y abrir su seno púdico á las operaciones inefables del Espíritu Santo. El Verbo eterno, llamado en las Escrituras Rocío de la mañana, *Ros matutinus*, figurado en el rocío que no humedece más que el toison de Gedeon, y deja seco y árido el terreno de los alrededores, invitado por los Profetas y los justos de los antiguos tiempos á descender como un rocío celeste para refrescar la tierra (1); este Verbo divino ha descendido al seno de la Virgen inmaculada, la más pura y más santa entre todas las criaturas, ha tomado allí carne humana, ha sido allí concebido como la perla, sin cooperación del hombre, por obra del rayo purísimo del Espíritu Santo (2).

La perla se forma en un instante por el rocío recogido en la concha. Así también, apénas María pronunció esta sublime respuesta: «Que me sea hecho segun vuestra palabra (3)», en el mismo instante el Espíritu Santo formó de la más purísima sangre de María el santísimo cuerpo de Jesucristo, perfecto en todas sus partes, y unió á este cuerpo un alma racional; el Verbo divino al mismo tiempo lo tomó y unió sustancialmente á su Persona por la union hipostática, y desde entónces Jesucristo todo entero, ese *compuesto* sublime, como le llaman los Padres, de dos naturalezas unidas en una sola Persona, apareció allí viviendo con su doble vida divina y humana (4). Desde entónces el alma del Salvador estuvo llena de gracia y de gloria, y admitida á la vision beatífica en virtud de su union con el Verbo. Jesucristo desde entónces adoró á su divino Padre, se ofreció Él mismo como víctima y sacrificio por la salud de los hombres, y así se formó la verdadera Perla á que nada iguala en precio, ya sea en el cielo, ya en la tierra; porque Jesucristo, segun Theophilacto,

(1) Rorate caeli desuper. (*Is.*, XLII)

(2) Margarita ex rore et fulgore concipitur. Sic Christus in Virgine conceptus est ex superno fulgore Spiritus Sancti. (*Theophil.*)

(3) Fiat mihi secundum verbum tuum. (*Luc.*, I.)

(4) Quod in ea natum est. (*Ibid.*)

es la Perla de las perlas (1). En efecto, añade San Agustín, así como la perla vale según su blancura, su tamaño, su redondez y su peso, así Jesucristo es una perla de deslumbradora blancura, por la inocencia y la pureza de su vida; de radiante transparencia, por el esplendor de su sabiduría; de una redondez perfecta, por la perfección de todas las virtudes; de un peso inmenso, por su divinidad (2).

Una sola diferencia existe entre esta bella figura y su divino prototipo, y es que el rocío celeste que desciende á la concha para formar allí la perla, deja de existir en el aire, mientras que el Verbo divino, al descender real y temporalmente al seno de una Madre terrestre, no sale del seno de su Padre celeste, que lo engendra de toda eternidad, y llega á ser Hombre sin dejar de ser Dios.

¿Pero como es posible que este Verbo divino se encuentre al mismo tiempo con su Padre en el cielo y todo entero en el seno de María, formando así la Perla preciosa de la tierra? Esto es, sin duda, un gran misterio; pero un misterio, dice San Agustín, cuya explicación ha querido Dios hacernos encontrar en nosotros mismos. ¿Qué es, en efecto, la palabra del hombre sino el pensamiento interior, el verbo engendrado de su inteligencia, que toma formas sensibles, se encarna y se manifiesta exteriormente en la voz y la escritura? Este verbo explica bien el Verbo eterno, el pensamiento interior de Dios, el Verbo engendrado en la inteligencia de Dios, que tomando carne humana se ha hecho visible (3). Notad bien, continúa San Agustín, que la palabra del hombre, la palabra que yo os dirijo en este momento, este pensamiento, salido de mí encarnado en la voz y revestido de formas sensibles, por el órgano de los oídos, llega á vosotros, se reproduce en vuestra inteligencia, donde antes no estaba, y no abandona mi inteligencia donde estaba. Mientras tenéis mi pensamiento presente, lo veis, lo aprobáis ó lo criticáis, después de haberlo oído; yo lo tengo, yo, siempre pre-

(1) *Christus est gemma gemmarum. (Theophil.)*

(2) *Pretiosissima margarita est ipse Christus, candidissima per vitæ innocentiam; lucidissima per sapientiam; rotundissima per omnis perfectionis possessionem, habens pondus propter divinitatem. (S. Aug.)*

(3) *Verbum meum apud me erat et processit in vocem; Verbum Dei erat apud Patrem et processit in carnem. (S. Aug.)*

sente en mí mismo, lo escucho, lo contemplo, yo mismo que lo he reproducido y lo expreso (1). Así, pues, lo mismo que este pensamiento hecho sensible en la voz, mientras que lo percibís por medio de vuestros sentidos, no abandona mi inteligencia, así el Verbo eterno, el eterno pensamiento, la eterna, la inefable, la infinita palabra de Dios, tomando carne humana, habitando en el seno de María, haciéndose sensible á los ojos de los hombres, no abandona á su Padre, no se separa de Él (2). Por eso precisamente, dándose una madre entre los hombres, no ha perdido á su Padre celeste, y viniendo á habitar entre los hombres, no se ha separado de Dios, y tomando la forma del esclavo no ha dejado de ser soberano Señor, ni siendo Hijo del hombre ha dejado de ser Hijo de Dios; por eso precisamente es la Perla inapreciable á nuestros ojos, no sólo en razón de la manera inefable como ha sido formada, sino en razón del inmenso valor que en sí misma encierra.

La perla no es más que una gota de rocío solidificada; pero por su rareza y su belleza es de un valor infinito. No es más que una pequeña bola, y sin embargo, vale un tesoro. Semejantemente, Jesucristo no es más que un Hombre perteneciente á nuestra débil naturaleza, nacido de una humilde Virgen en la habitación de un pobre artesano. Pero este Hombre pobre, humilde, despreciable á los ojos de los hombres, es un Hombre raro, singular, único; es el solo Hijo del hombre que sea al mismo tiempo Hijo verdadero y consustancial de Dios, es verdadero Dios; por eso tiene una dignidad, un mérito infinito; es una Perla de un precio inestimable para los hombres, en cuyo favor se ha encarnado; es un Tesoro en el cual están unidos y ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la virtud de Dios (3).

El hombre, por su pecado, lo mismo que toda la raza á la cual lo había comunicado por la generación carnal, había llega-

(1) *Verbum quod vobis loquor in corde meo prius habui, processit ad te, et non recessit à me; mansit apud me cum exiret ad te. (S. Aug.)*

(2) *Sicut ergo verbum meum prolatum est sensui tuo nec recessit à corde meo, sic verbum illud prolatum est sensui nostro nec recessit à Patre suo. (S. Aug.)*

(3) *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi. (Coloss., II.)*

do á ser, en toda la extension de la palabra, el vil esclavo del demonio que lo habia seducido, el deudor, al mismo tiempo que el enemigo de Dios que lo habia creado. Así como el demonio habia vencido al hombre en la lucha en que éste hubiera podido y debido defenderse, así el hombre, y no el poder de Dios, era quien debia á su vez triunfar del demonio. El hombre habia ofendido á Dios, y el hombre debia satisfacerlo por sí mismo. Si el hombre no hubiese triunfado del demonio, el imperio de éste sobre aquél hubiese continuado; si el hombre no satisfacía por el pecado cometido, la justicia de Dios quedaba sin venganza.

Luego, para sustraerse de la esclavitud del demonio, para quedar en paz y en sociedad con Dios, era menester que el hombre se elevase á una santidad, á una inocencia, á una pureza sobre la cual nada hubiese podido pretender el demonio, y que indignamente tratado por éste, le hiciese perder el derecho funesto de que, por su connivencia y su temeridad, el hombre lo habia investido. Para entrar en gracia y en sociedad con Dios, era menester que el hombre estuviese en posesion de un mérito infinito, á fin de que, satisfaciendo á la Majestad infinita, pagase la deuda infinita que habia contraído con Ella, y que comprase el acceso y la posesion del cielo de que habia sido despojado.

En una palabra, el hombre debia, dice San Agustin, para cambiar de condicion, y con relacion al demonio, y con relacion á Dios, sufrir, satisfacer, pagar su deuda como hombre verdadero, y tener al mismo tiempo la santidad, la justicia, el mérito, el infinito valor de los actos de un Dios (1).

¿Y era posible al hombre, por su inteligencia, por la profunda corrupcion de su corazon, por la abyeccion de sus vicios, al hombre, por decirlo así, descendido á la condicion de bruto (2), le era posible elevarse hasta el sér de Dios? Debia, pues, desesperar absolutamente de sustraerse jamas de la servidumbre del infierno, de rehabilitarse, de reconciliarse con Dios. Su miseria, su eterna ruina, no tenía remedio. Por eso el Profeta, al

(1) Peccatum Adæ tantum erat, ut illud non deberet solvere nisi homo, non posset nisi Deus. (S. Aug.)

(2) Homo cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus. (Ps. XLVIII.)

dirigirse á Dios, representa en su propia persona á la humanidad como pobre y mendigante, privada de todo, sin un óbolo para comprar el primer pedazo de pan de la verdad y de la gracia divina, para satisfacer el hambre de su inteligencia y su corazon, para sostener en su alma la vida espiritual (1). Así, pues, como un negociante arruinado que va en busca de alguna piedra preciosa, de algun tesoro oculto para poder, por este medio extraordinario y único, pagar todas sus deudas y reconquistar la dignidad y el crédito perdido; así tambien, segun Jesucristo, la humanidad, afligida bajo el yugo de la servidumbre del demonio, privada de la herencia celestial, fué cuatro mil años errante á traves de los campos, en los desiertos de las opiniones y de las doctrinas humanas, en busca de esta Perla rara, este precioso Tesoro oculto, tan necesario para pagar su deuda y recobrar la amistad y el reino de Dios. En tan largo período, dice Theophilacto, tomó por perlas de gran precio, ya las tradiciones generales, ya los cultos particulares de los diversos países del mundo, ya los sistemas de moral de los filósofos, ya la ley y la religion de los judíos (2). Pero, ¿cómo con doctrinas, con medios puramente humanos, con leyes privadas de la gracia divina podia el hombre llegar á ser Dios, para satisfacer á Dios, para recobrar la libertad de Dios, el reino de Dios? Durante largos siglos, de religion en religion, de escuela en escuela, buscó siempre sin encontrar, pidió sin obtener la Perla inapreciable que podia hacerle rico y dichoso: en lugar de esta Perla encontró las piedras falsas de las religiones erróneas, las perlas de vidrio, las perlas de la ley mosáica, de esa ley que no puede justificarse, y las tomó por perlas de valor, mientras que ninguno tenian.

Sí, la verdadera Perla de que el hombre tenía necesidad no debia tener su origen en la tierra, sino descender del cielo; no debia nacer de las luces del espíritu profano, sino del rayo del Espíritu Santo; no debia fabricarse artificialmente por los hombres, sino ser la obra milagrosa de Dios. La Perla de alto precio, el verdadero Tesoro de la humanidad, era la verdad, la sabiduría personal de Dios que debia hacerse hombre, era Jesucristo (3).

(1) Ego vero egenus et pauper sum. (Ps. LXIX.)

(2) Multæ margaritæ multorum sapientium opiniones sunt. (Theophil.)

(3) Una autem pretiosa, una est veritas quæ Christus est. (Ibid.)